

Discurso de contestación al discurso de ingreso de del Ilmo. Sr. D. Hernán Cortés Moreno como Académico de número

JOSÉ PEDRO PÉREZ-LLORCA RODRIGO
(*Académico de Número*)

EL PINTOR DE LAS ALMAS

Somos todos hijos de nuestras obras, y estas tienen que ver con la peripecia vital de cada uno, la cual, según la frase canonizada de Ellensberger, es fruto de la trilogía azar, destino y carácter, aunque azar y destino son factores que se entremezclan sin fundirse. O sea, que el acaso y la ocasión, si no nos predeterminan, nos encauzan considerablemente.

Hernán Cortés, a quien hoy recibimos en esta Academia, es en primer lugar el autor de una obra bella y espléndidamente ingente. En la pintura ha manejado prácticamente todos los géneros y las técnicas con singular destreza, alcanzando en el retrato una maestría unánimemente aceptada por críticos y competidores que se puede decir que le coloca y consagra en la más alta cumbre.

Cierto es que es gaditano, y por tanto hombre del llano nivel del mar, y que las cumbres y las cimas más que halagarle, le encocoran un tanto. Sentada sin embargo la premisa de que Hernán

Cortés ha alcanzado en el retrato la plenitud del arte, cabe preguntarse si esto simplemente fue así, si lo hizo él posible o si más allá de la mera posibilidad era necesario que ocurriera así, ¿azar o necesidad?

Para mí tengo que el encuentro entre Hernán y el retrato fue el de dos polos que se atraen y se necesitan y por tanto un devenir necesario.

Que Hernán nació para pintor parece a estas alturas una evidencia pero, ¿por qué el retrato?

Dicen los sabios de las lenguas que la palabra retrato viene del latín «retrahere» aunque ranceses e ingleses afirman que viene de «portrahere». En cualquier caso el verbo «trahere» es la raíz esencial y nos deja la idea de que se trata de traer al lienzo a la tabla o al muro, la imagen de una persona.

Porqué ha triunfado la palabra retrato frente a icono, imagen o simulacro es cosa que discuten los eruditos. Parece que ocurrió porque en la espléndida floración del Renacimiento toscano el término «ritratto» quedó plasmado y consagrado con el

esplendor y prestigio de aquel arte. Desde entonces no ha habido gran maestro que no se mida con este género tan arduo cuya dificultad ya descubrió Aristóteles al decir: «el objetivo del arte no es presentar el aspecto externo de las cosas sino su significado, pues esto y no la apariencia ni el detalle externo constituye la auténtica realidad». Dificilísimo es seguir en el retrato esta máxima del estagirita que en nuestros días apostilla el tratadista Brunner Jones: «la única expresión que se puede permitir en la gran retratística es la del carácter y la cualidad moral, no nada temporal efímero o accidental».

Es evidente que para seguir estas reglas y respetar al mismo tiempo la del parecido, no cayendo en la caricatura, que es otro género, se requiere la mano de un maestro. El retrato español se inserta desde el s. xvii en un sendero glorioso que es uno de nuestros mejores y más reconocidos patrimonios. Es evidente que adentrarse en ese género requiere también valentía. Y ahí se inscribe Hernán Cortés, que nació en Cádiz en el ambiente de apetito cultural aledaño a nuestra facultad de Medicina, se dio cuenta del hambre de sus ojos por la luz de la Bahía en los paseos con su padre y empezó a pintar a los seis años gracias al regalo providente por parte de su madre de una caja de colores y una premonitoria paleta que aún atesora y exhibe en su estudio.

Hombre concienzudo, Hernán supo pronto que una muy sólida formación era requisito necesario para triunfar en el Arte, y con gran tesón y disciplina la buscó, la persiguió y la obtuvo.

Practicó, como ha quedado dicho, todos los géneros y técnicas, pero una vez que concilió el óleo con el retrato, y dominó a esa difícil pareja, emprendió la escalada de maestría que le ha llevado donde está, empezando a traspasar las fronteras de la inmortalidad genial.

Condicionado por la belleza, incluida quizá hasta la oscura que hoy nos dicen los físicos que sí existe. Sin traspasar nunca los límites del buen gusto, y conocedor de la convención social dentro de la libertad de su arte, atento a la forma sin necesidad de subrayarla, es capaz de crear belleza incluso por contradicción. Austero en la expresión, tiene la gaditana facultad plena de huir de la cursilería sin tener que esforzarse ni casi proponérselo, sino siguiendo su mera naturalidad. Naturalidad esta con la que pintan do la Bahía, tal que en las Meninas dicen que se toca el aire, en su pintura se percibe el Levante.

Plumas más autorizadas que la mía han glosado y glosarán mejor su arte. Entremos ahora en esa gran persona que es el artista. Hernán es un hombre extraordinariamente bien educado, a la antigua, pero a la gaditana, sin ese resto de exceso cortesano que algunos practican aún en Madrid. Es afable, simpático, hospitalario, extraordinariamente culto y buen conversador, sabiendo ser también escuchador.

En cuanto a erudición artística, basta decir que no conozco a nadie que sepa más que él de Historia de la Pintura. Entrar con él en un museo o contemplar un cuadro es algo así como leer un libro de filosofía con Ortega y Gasset explicándolo al lado. Además de eso, no termina de narrar o interpretar un cuadro sin averiguar, con la sola mirada, cómo se ha pintado y construido, explicando el uso de los más variopintos ingredientes en determinadas técnicas.

Si Velázquez apreció más ser aposentador de Corte que pintor genial, a Cortés no le han cortado ni la Corte ni la villa y Corte. Magnífico conocedor de los aledaños del poder político y económico, una exposición de sus no necesariamente halagadores pero magníficos retratos sería la mejor monografía de los últimos 35 años de la vida española.

Es claro que la capacidad de penetración psicológica y la empatía de Hernán le empujaban hacia el género del retrato. Es igualmente evidente que los cambios producidos en la vida de nuestro país necesitaban un nuevo pintor que los reflejara. No es que Hernán estuviera predestinado a ello, pero si se me permite la expresión era el «pintiparado» para ello. Así se produjo este encuentro necesario que ha resultado tan feraz y fecundo.

Hernán es uno de los pintores del occidente europeo que pintando los cuerpos y las almas ha hecho posible que el retrato pictórico sobreviva y sea referente mayor en esta época de total proliferación icónico-cibernética.

Es muy de agradecer que ello haya ocurrido en la pintura y muy de esperar que algo salve al libro del mismo asalto, especialmente en la tacita de plata en la que disfrutamos el lujo infinito de tener excelentes cuanto heroicos libreros.

Debemos agradecer pues a Hernán que ha seguido a tantas musas que tal parece que viniese directamente de la misma Mnemosíne, el que en la tablilla de su vida y su obra supiera grabar la cera de forma nítida y con la presión justa para que la profundidad la hiciera duradera, consiguiendo con ello, según dice Platón: «facilidad de aprender tener opiniones verdaderas y hacer obra duradera» para poder decir con Horacio *Exegi monumentum aere perennius*.

Gracias a él y otros como él, el retrato pintado sigue acompañando a nuestra época de manera que no todo quede en «selfies».

Por esta y muchas otras cosas termino mis palabras expresándole mi agradecimiento y con un gran abrazo de bienvenida. Muchas gracias.

Salón Regio de la Diputación,
Cádiz, 20 de junio de 2016